



El material del estilo RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

Al rededor del estilo

XXIII XXII

¿Sigue? Sí; sigue. Y no quiero llamarles a estas seguidillas, como otro les llamaría, apéndices. Porque no soy otro y porque una obra cargada de apéndices fácilmente muere de apendicitis. Ni gusto de dejar los andamios después de hecha la torre—y para que se vea lo que costó hacerla y no se vea bien la torre—, ni hay en mis obras apéndices y menos como el intestino ciego. Todo es aquí apéndice, lo que quiere decir que todo es entraña.

Y ahora, al caso. Y el caso es que no bien os había dicho lo que os dije hace poco de las traducciones al francés, vino a mis manos, por azar de amistad, el libro *Variété*, manojó de ensayos del poeta Paul Valéry, muy celebrado hoy aquí. El cual, en su ensayo acerca del *Adonis*, poema de La Fontaine, el de las fábulas francesas, hablando o, mejor, escribiendo, de que las exigencias de una estricta prosodia son el artificio que confiere al lenguaje natural las calidades de una materia resistente, extraña a nuestra alma, y como sorda a nuestros deseos, añade: «Si no fueran medio insensatas y no excitasen nuestra revuelta, serían radicalmente absurdas. No se puede hacer todo, una vez aceptadas; no se puede decir todo, y para decir lo que sea, no basta ya concebirlo fuertemente, estar henchido de ello y embriagado, ni dejar escapar del instinto místico una figura ya casi del todo acabada en nuestra ausencia. A un Dios solamente le está reservada la inflexible distinción de su acto y de su pensamiento. Pero a nosotros nos es menester penar; hay que conocer amargamente su diferencia. Tenemos que perseguir palabras que no siempre existen y coincidencias quiméricas; tenemos que mantenernos en la impotencia, ensayando coyundar sonidos y significaciones, y creando a plena luz una de esas pesadillas con que se agota el soñador cuando se esfuerza indefinidamente por igualar dos fantasmas de líneas tan inestables como él mismo.» Y sigue Valéry.

¡La resistencia del material! La conoce el escritor, el orador, sobre todo el poeta, tan bien como el escultor, el arquitecto. El lenguaje es una materia—y, por lo tanto, una forma—y resiste a otra forma. Lo mismo si el escritor hifia o modela que si esculpe. Porque hay escritor que modela, y modela hablando—o hablándose—, y luego vacía en escrito, y hay escritor que esculpe o talla. Sobre lo que hay por admirable pasaje en «El autócrata de la mesa redonda», de Oliver Wendell Holmes. (Y siénto no tenerlo a mano para traducirlo y dárselo traducido y rellenar así este ensayo.)

Unas lenguas se prestan más al modelado y otras a la talla. En una lengua muerta o en una lengua moribunda y aun en una arterioesclerótica, decrepita de perfección académica, el esculpir la materia. ¿Y el modelar? En ellas se hace más bien taracea, mosaico. La composición se reduce a disposición. Y eso que se llama composiciones escolares, académicas, «deberes»—*devoirs*—, no son más que disposiciones.

¿Cabe estilo en la disposición? ¡Ya lo creo! Hasta en una selección de citas y en el modo de disponerlas y ordenarlas. Como hay plagiarios geniales. Se puede descubrir la personalidad, el estilo de un lector hasta en los subrayados que deja en los libros que lee. Un tonto sólo subraya las tonterías. Y hay gentes que tienen talento para fijarse en tonterías, como hay quien tiene talento para decir las y hacerlas. Y hay tontos originales.

Una lengua es un material, y no cabe hacer lo mismo en piedra, ni lo mismo en granito que en arenisca, que en hierro o en bronce o en madera o en cera. Pero ¿es transmisible el estilo de un material a otro?

Los plateros u oribes—*orfèvres* diría alguno—encontraron, trabajando las pequeñas láminas de oro y de plata, formas que la materia pedía, y ello creó un estilo, estilo de orfebrería u oribería, estilo de platero. Y cuando alguien trató de traducir en piedra tal estilo, de tallar en blanda arenisca los follajes del oro y de la plata, se produjo el estilo de platero o plateresco. De que es muy característico ejemplo la fachada de la Universidad de Salamanca. Y cuando a la caída de la tarde se enciende en oro de sol muriente, aquella fachada conviértese en verdadera *orfebrería*. Pero el verdadero estilo allí es otra cosa.





Y traducciones de éstas ocurren al escritor con su obra. Porque hay en literatura un estilo plateresco. El de aquellos que en grandes fachadas de piedra quisieron reproducir la orfebrería de las pequeñas joyas. Pero así como no todas las piedras se prestan al plateresco—en el granito de Avila sería casi imposible—, así tampoco todas las lenguas se prestan a la orfebrería en grande. En la lengua de las Doce Tablas esa orfebrería no da el resultado que en la lengua de Platón. Y el arabesco es cosa de los árabes, lo mismo que en dibujo, en lenguaje.

Pero ¿es la resistencia del material tan grande como se dice y se cree, como se dice que se cree o se cree que se dice? Ni menos. El artista hace su material; el escritor hace su lengua. La hace con palabras de todos—aunque no siempre—; pero se la hace. Y a las veces empieza apareciendo oscuro, hasta que el oyente o el lector se hace a su tono, a su estilo. Y hay oscuridades aparentes que proceden de pura claridad, de una claridad que, deslumbrando al lector, le impide ver.

Hemos hecho muchas veces la prueba de expresiones que a primera y negligente lectura aparecían oscuras, y que después de rumiadas venían a ser de una claridad luminosa. Y, en cambio, no hay nada más oscuro que escritores que pasan por muy claros.

«Qué transparentes!»—me decían una vez de cierto escritor de mero sentido común—. ¿Y qué es lo que transparenta?—pregunté—. Y como no se me supiera responder, repliqué: «Pues si no saben ustedes lo que transparenta, ¿cómo es que le encuentran transparente?» Y al poco le diputaron de oscuro a uno que reflejaba, que transpa-

rentaba con la mayor claridad las tinieblas de un antro de tortura eterna.

Este mismo Valéry dice en otra parte que la solución de un problema depende de la manera de escribirlo. O sea del estilo. Pero como una solución es cosa de progreso, esto nos lleva a la relación entre el estilo y el progreso.

Miguel de UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES